





## Fito y el chicle

Fito llevaba mucho tiempo esperando este momento. Habían transcurrido meses, o incluso puede que también un año entero, desde que guardó su primera moneda. ¡Y por fin el gran día había llegado!

Fito cogió su dragón hucha, en la que no cabía un céntimo más, y salió a la calle más feliz que unas castañuelas. ¡Por fin iba a ha-

cer realidad uno de sus sueños! ¡Uno, porque Fito tenía muchos!

Una vez en la calle, se dirigió a la tienda de chuches más cercana y le dio su dragón hucha a la dependienta.

—¡Quiero chicles! —dijo Fito.

—¿Cuántos quieres, majo? —preguntó la tendera.

—Toda la hucha.

—¿Toda? Pero aquí hay mucho dinero.

—Toda —insistió Fito.

—¿Estás seguro?

—Sí. Voy a masticar el chicle más grande del mundo —añadió Fito, revelando ese sueño que quería ver cumplido enseguida.

—Está bien —aceptó la dependienta encogiendo de hombros.

Vació la hucha sobre el mostrador y empezó a contar el dinero. Después de una larga

hora, la dependienta miró a Fito con los ojos muy abiertos.

—¡No sé si vas a poder con todo! —exclamó.

—Sí, podré —atajó Fito rotundo.

—Muy bien —dijo la dependienta.

Cogió una caja de chicles de fresa y empezó a meterlos a puñados en un saco. Cuando la caja de chicles de fresa quedó vacía, cogió la de los chicles de menta y repitió la operación. Después cogió la de los chicles de sandía, luego la de los de melón, los de frambuesa, de mora, chocolate, limón, canela, tarta de queso, naranja. Y, cuando estos se terminaron, siguió con los de pastel de calabaza, los de pepinillo, de anís, vainilla, crema de cacahuete, chorizo... Así hasta llenar un enorme saco más grande que Fito.

—Toma, muchacho —señaló la dependienta, arrastrando el saco por el suelo. Pesaba tanto que apenas podía levantarlo.

Fito le dio las gracias y empezó a tirar del saco.

¡Uf! ¡Cómo pesaba! Pero entonces se le ocurrió una idea. Desenvolvió unos cuantos chicles y se los metió en la boca. Tiró de nuevo, pero aún no podía con el saco. Desenvolvió unos cuantos más y volvió a hacerlos desaparecer dentro de su boca. Ahora pesaba bastante menos y, con un poco de esfuerzo, pudo arrastrar el saco hasta la calle.

Mientras caminaba hacia su casa, fue desenvolviendo más y más chicles para aligerar la carga. El saco cada vez pesaba menos, pero su boca cada vez estaba más llena de chicle. Cuando llegó a su portal, el saco estaba casi por la mitad y la boca de Fito tan llena de chicle que apenas podía masticar.

—¿Se puede saber de dónde vienes? Sabes que no me gusta que te vayas solo a la calle.



¿Por qué no me has avisado al menos? ¿Qué es lo que has estado haciendo? –preguntó su madre cuando le abrió la puerta. Ni siquiera se había dado cuenta de que había salido de casa.

Fito abrió la boca, pero, en lugar de palabras, le salió una pompa de chicle.

–¿Quién te ha dado todos esos chicles?  
–preguntó otra vez su madre.

Fito se sacó el chicle de la boca y respondió:

–Me los he comprado yo con mi dinero.  
Su madre se llevó las manos a la cabeza.

–¿Qué dinero, Fito?

–Mis ahorros.

–¡Fito! ¿Qué has hecho? ¿Te has gastado todos tus ahorros en chicles? –voceó su madre.

–Tú me dijiste que podía comprarme lo que quisiera, mamá.

–Fito, yo te dije que... –Y de pronto se calló. Su hijo tenía razón, pero no esperaba que...

Y entonces respiró hondo unas cuantas veces antes de replicar:

–Al menos darás un chicle a tus hermanos, ¿no?

Fito los miró de uno en uno. Si daba un chicle a cada uno de sus hermanos, se quedaría con cinco chicles menos.

–Ni hablar –respondió después de sacarse el enorme chicle que tenía en la boca. Y luego se lo volvió a meter.

–Fito –insistió su madre–, tienes que ser generoso. Haz el favor de dar un chicle a tus hermanos. Tienes un montón.

Fito cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro.

–No, son míos –dijo cuando pudo hablar–. Me los he comprado yo con mi dinero.



Entonces su madre puso los brazos en jarras y lo miró con la frente arrugada.

—¡Fito, que des un chicle a tus hermanos!

Fito desarrolló un nuevo chicle, en esta ocasión de kikos, que crujía al masticarlo, y se lo echó a la boca. Luego negó.

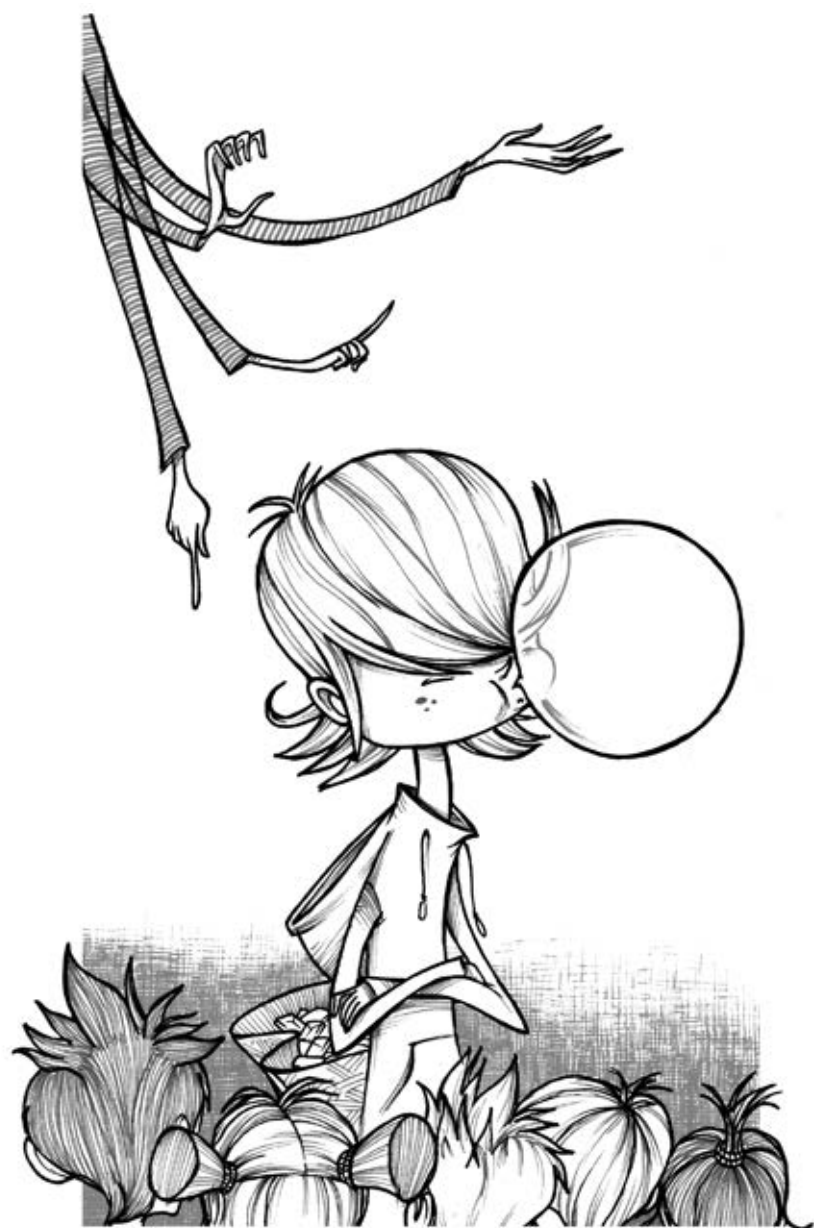
La madre de Fito arrugó aún más la frente y además le apuntó con un dedo amenazador.

—¡Fito! ¡Da ahora mismo un chicle a tus hermanos o te los quito!

Fito miró a su hermano Jaime, a su hermana Cristi, a su hermano Néstor, a su hermano Bruno, a la pequeña Alicia y luego miró el saco. Al verlo, frunció el ceño. El saco ya estaba por debajo de la mitad. ¿Qué hacer? Cinco chicles menos eran muchos chicles.

—¡Aaayyy! —suspiró Fito resignado.

Y entonces metió la mano dentro del saco y cogió un chicle, cogió dos, cogió tres, cogió



cuatro y cogió cinco. Y los desenvolvió uno por uno. Alargó la mano con los cinco chicles en la palma. Pero cuando sus hermanos estaban a punto de cogerlos, se los metió corriendo en la boca.

–Ja, ja, ja –se tronchó Fito.

Pero su madre no estaba tan contenta.

–¡Fitoooo! –chilló esta.

No obstante, Fito ya estaba soplando con fervor para hacer la pompa más grande del mundo. Fito sopló y sopló y sopló. Y Fito siguió soplando y soplando y soplando...

...hasta que...

!!!BOOOOMMM!!!

La pompa de chicle explotó.

–¡Guauuu! –exclamó Fito–. ¡Qué alucine!  
–Había sido la pompa de chicle más grande que había hecho. Y puede que también fuese la pompa más grande del mundo.

Pero entonces Fito miró las paredes y los muebles de su cuarto. Miró la ventana, las cortinas y el edredón de su cama, y Fito enmudeció. ¡Ooops! Su madre lo iba a matar.

—¡Fitoooo! —gritó esta hecha un energúmeno. Tenía chicle hasta en la ropa interior.

Antes de decir nada, Fito posó la mirada en su hermano Jaime, en su hermana Cristi, en su hermano Néstor, en su hermano Bruno y en la pequeña Alicia. También ellos estaban llenos de chicle.

—Yo solo he cumplido tus órdenes, mamá —se atrevió a decir Fito seriamente—. He dado chicle a mis hermanos.